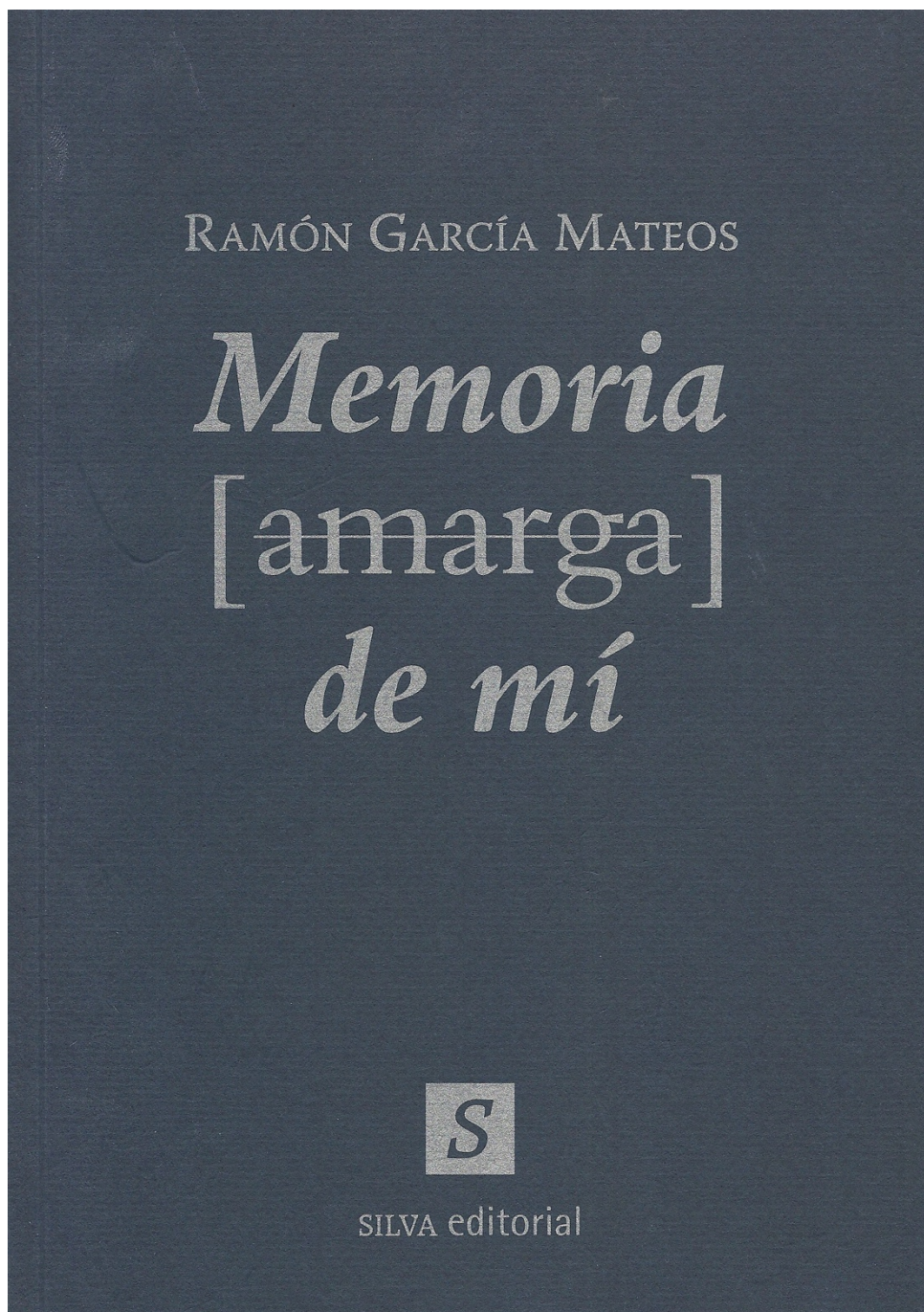


Ramón García Mateos, en *Memoria [~~amarga~~] de mí* me dedica un capítulo entero que para nada voy a intentar preludiar porque ahora mismo no podría ni sabría hablar de la inmensa suerte que tuve de conocer a Ramón, de la condición privilegiada de ser su amigo, del agradecimiento infinito que le tengo; en fin, para que me entiendan, sigan leyendo y disfruten de como Ramón se sustancia magistralmente en sus palabras.



3 de agosto de 2005, miércoles

DESDE QUE ASUMÍ LA CONCEJALÍA DE EDUCACIÓN, me propuse que debíamos preparar un libro sobre Cambrils que sirviese, a la vez, como carta de presentación y como regalo institucional para aquellos que colaboran con nosotros en las distintas actividades que llevamos a cabo. En el fondo, se trataba de librarnos de llaveros serigrafiados, abrecartas con estampación heráldica, reproducciones en miniatura de los monumentos locales emblemáticos..., que suelen ser los presentes más comunes, tópicos y típicos, en estos casos, y, simultáneamente, contribuir a crear para esta ciudad nuestra una referencia literaria y poética. Dimos primero con el título, *Cambrils: retrat amb paraules (Cambrils: retrato con palabras)*, y encargamos después la edición a Juan López-Carrillo, quien lleva ya algún tiempo buscando escritores que participen en el proyecto y dando forma definitiva al libro.

Hoy hemos comido juntos Juan y yo y hemos hablado largo y tendido de ese *retrato con palabras*. Juanito —siempre en diminutivo para los amigos— acaba de iniciar las vacaciones y está pletórico de fuerza y de ilusión para sacar adelante nuestra nueva aventura común. Este mes de descanso será ocasión propicia para dejarlo todo bien atado, aunque ha de atender también a la preparación de unas oposiciones, para el mes de octubre, que le garanticen la continuidad laboral a cargo del erario público. El libro llegará a buen puerto, respecto a la oposición ya no estoy tan seguro.

Juan trabaja en la Diputación de Tarragona, como secretario del grupo socialista —ay, socialdemócrata, yo que le conocí enarbolando la bandera roja de las Juventudes Comunistas— desde hace ya más de diez años, pero se trata de un cargo de confianza, con el riesgo de interinidad que eso conlleva; los amigos le empujamos constantemente hacia el funcionariado, pero, entre sus muchas arrobos de peso y lo poco que pone de su parte, no lo tenemos fácil. Sea como sea, saldrá adelante. Invariablemente. Porque ha seguido siempre su propio camino, sin arredrarse ante nada.

Cuando los demás andábamos a vueltas con los estudios universitarios, Juanito puso en marcha una cafetería en Reus que durante más de una década fue punto de referencia y lugar de reunión para todos sus amigos. En el bar Coala, a pesar de ese nombre —¿de dónde saldría?— tan escasamente sugerente y literario, se pusieron en marcha planes fantásticos y enloquecidas ideas poéticas; allí probamos el cóctel «muerte en la tarde», cuya invención la imaginiería popular atribuye a Hemingway, y acabamos sujetando la barra que se empeñaba en un temblor incansable, empecinados en evitar el derrumbe y la catástrofe; en el Coala quedábamos la noche de San Juan o de fin de año para iniciar después un peregrinaje que nos llevaba de fiesta por todos los pueblos de alrededor; allí, reinando detrás de la barra, Juan cosechó sus mejores triunfos con las féminas, míticos aún hoy cuando esos laureles son

ya más escasos; en el Coala hablábamos de política con los miembros del Ateneo Libertario, que tenían en aquellas mesas su segunda sede, o compartíamos el desayuno con los albañiles de alguna obra de los alrededores, con el último partido del Barça como tema de conversación... curiosa amalgama de mundos y de gentes, donde latía incesante el pulso de la vida. Acabó el tiempo del Coala a causa del cansancio personal —el agotador trabajo de la hostelería— y a algunos problemillas con la hacienda pública, sobre los cuales no voy a entrar en detalle. De ahí, Juanito pasó a una intermitente dedicación al noble arte de la albañilería, aunque muy pronto supo que ni el cemento ni el andamio eran lo suyo; le dio tiempo, no obstante, a dejar su impronta —diez ladrillos y dos capachos de argamasa— en la construcción del tanatorio de Reus: apunto esto porque es dato que aparece en sus versos y no quisiera confundir a la crítica el día de mañana. Como no hay mal que cien años dure, ni cuerpo que lo resista, tras la tempestad vino la calma: primero como administrativo en la Facultad de Medicina y, después, en las mismas tareas, en la Diputación.

Y ahí sigue. Con la misma vitalidad de antaño, aunque con mucho menos pelo que entonces y algunos quilos de más. Empeñado en su pertinaz soltería, para desgracia de sus amigos, porque Juan es un mal ejemplo para nuestros hijos; vean sino, mi hijo Germán, con diez años, nos decía a su madre y a mí: «Yo, cuando sea mayor, quiero ser como Juanito y vivir siempre con vosotros...» Ay, la señora Antonia tiene ganado el cielo... Y ahí sigue. Siendo el puente de enlace entre todos nosotros, entre ese racimo de amigos que, muchas veces, seguimos viéndonos y manteniendo nuestra relación porque él se encarga de avivarla y de mantener encendida la brasa. Entregada y generosamente. Si tuviera que escoger un adjetivo que definiese a Juan López-Carrillo, sin dudarle un momento escogería este: generoso. Conozco a muy pocas personas con tal desprendimiento de espíritu, capaz de alegrarse de los éxitos de sus amigos como si fueran propios y capaz de entregarse en cuerpo y alma, sin límites ni aristas. Y estamos hablando de poetas, en quienes estos dones desgraciadamente suelen darse con cuentagotas.

Sé que no puedo ser imparcial. Conozco a Juan desde hace más de treinta años y es pieza irremplazable de mi biografía. Juntos vivimos la efervescencia política de los años setenta: nos conocimos en un acto de las Juventudes Comunistas, del PSUC, en el verano de 1977, cuando él era secretario general en Reus; juntos iniciamos el empeño de forjar versos y seguimos en la misma obstinación; juntos hemos llorado en los malos momentos y hemos descerrajado la alegría del vivir por tabernas y locales de dudosa reputación; juntos reverenciamos a los mismos maestros, aunque no hayamos compartido novias... No puedo ser imparcial. Tampoco lo necesito.

Como poeta, Juan López-Carrillo publica sus primeros versos en la revista *Et Cetera* y, posteriormente, en el libro colectivo *Pasión primera*, en los primeros años ochenta. A partir de ahí, y hasta 1997, un largo silencio. Silencio para madurar su voz que reaparece, renovada

y distinta, en el espléndido *Los años vencidos*, libro decisivo en su trayectoria poética para el que tuve el placer de escribir un largo prólogo, donde analizaba con detención las claves esenciales de su poesía. El universo lírico de este poemario reaparecerá en su próxima entrega, en trámite de edición, *Los muertos no van al cine*. En ambos descubrimos una visión irónica y amarga del mundo, teñida a veces de cinismo, siempre lúcida e impregnada de ternura. Entre estos dos libros, vieron la luz otros dos: el misceláneo *Poemax* (1999) y *69/modelo para amar* (2001), en los que la poesía erótica —frecuentemente con tintes descarnados que rozan el sarcasmo o la pornografía— alterna con poemas visuales que tienen como referencia el valor simbólico y polivalente del número 69; entre estos, hallamos verdaderas joyas de ingenio conceptual y cuchillazos hirientes de irreverencia.

Pero no es mi intención hacer una glosa prolongada de su labor como poeta. Ya lo he hecho en otros momentos y tiempo habrá para, en otros foros, volver de nuevo sobre ello. Ahí están, además, sus libros para quien desee sumergirse en una de las poesías más frescas y sugeridoras que pueden actualmente degustarse. Luego no digan que no se lo he dicho.

Juan es sorprendente y fustigador. Y una fuente inacabable de anécdotas y atribuciones varias. Se podría, como hizo Ramón Gómez de la Serna con el ilustre Valle-Inclán, escribir una hagiografía que narrase sus muchas ocurrencias y los acaecimientos por él protagonizados.

Desde hace mucho tiempo presume de coincidir con don Antonio Machado en aquellos versos que rezan «Muchas cosas sabe Onán / *que nunca supo Don Juan.*» Recuerdo una tertulia, por el otoño de 1999, en la que de nuevo salió la historia bíblica (*Génesis 38, 1-30*), las interpretaciones erróneas de la misma, el libro de Tobías y aquella fábula del *Jardín de Venus* —el Samaniego más licencioso— cuyos primeros versos dicen:

*Un zagalón del campo,  
de esos de acá me zampo,  
con un fraile panzón se confesaba,  
que anteojos gastaba  
porque, según decía,  
de cortedad de vista padecía.  
Llegó el zagal al sexto mandamiento,  
donde tropieza todo entendimiento,  
y dijo: «Padre, yo a mujer ninguna  
jamás puse a parir, pues mi fortuna  
hace que me divierta solamente,  
cuando en un caso urgente,  
con lo que me colgó Naturaleza,*

*y lo sé manejar con gran destreza.»*

En estas andábamos, cuando Juan, serio y altivo, afirmó con frase que ahora es ya antonomasia: «yo he llegado a las diez mil». Las chanzas se sucedieron, hasta identificarle con el personaje de los hermanos Grimm, aquel sastrecillo que bordó en su cinturón la leyenda «siete de un golpe». El único que se mantuvo alejado del jolgorio general fue el poeta granadino Rafael Giner Caballero que, por aquel entonces, andaba —imagino que por alguna lectura o conferencia— por estas tierras catalanas. Algunas semanas después, con Giner ya en Andalucía, recibimos una carta en la que nos adjuntaba el siguiente poema, firmado y fechado en Granada, en el mes de noviembre de 1999:

DÉCIMAS ENCADENADAS QUE CANTAN LA GLORIA ÍNCUBA  
DE ESTE LÓBRIGO AMANUENSE, PUTAÑERO Y BUTIONDO,  
BRAGUETERO Y LUJURIANTE, INCONTINENTE Y CACHONDO.  
QUE QUEDE CONSTANCIA ETERNA DE SU PROCEDER RIJOSO.

A.M.D.G.

*A ti, viejo compañero  
de juergas y de disputas,  
de vino y casas de putas  
y del verso más sincero.  
A ti, diestro pajillero,  
onanista empedernido,  
el del nabo encallecido  
más tieso que una alabarda.  
A ti, el rey de la gallarda  
te saludo conmovido.  
Conmovido por tu hazaña  
de llegar a las diez mil.  
No existe en el mundo vil  
una proeza tamaña.  
Correrá por toda España  
esta nueva prodigiosa  
y yo con fe religiosa,  
como Ignacio de Loyola,  
te dedico esta gayola  
de amistad honda y gozosa.*

Nuestro querido Giner Caballero, tan aparentemente grave como ingenioso, acababa de convertir en literatura la experiencia compartida del juego salaz y libertino. Pero no es la única vez que el autor de *Casidas del aire* se refiere por escrito a Juan López-Carrillo. Cuando, el 4 de diciembre de 1997, presentábamos en el Museo de Arte Moderno de Tarragona *Los años vencidos* yo pedí, a unos cuantos amigos, su testimonio sobre el poeta y el libro que bautizábamos, Rafael me envió un precioso texto que, en su nombre, leí aquella tarde:

«Mi relación con Juan López-Carrillo data de la presentación, en Granada, de mi libro *Del hombre que se vio en un espejo*, allá por el mil novecientos ochenta y siete. Desde entonces hemos coincidido en varias ocasiones y lugares diversos, siempre en actos que tenían que ver con el empeño que ambos tenemos en forjar versos, y he seguido con atención su discurrir literario, su evolución como poeta. Me han ido llegando algunos de sus poemas, bien diseminados aquí y allá en distintas publicaciones, bien directamente de la mano el propio Juan, y he de decir que se observa en él una transformación decidida de la perspectiva literaria, evolución que es característica de quienes tienen en absoluto conciencia de su oficio de escritores y que se ha dado siempre en los grandes poetas.

Desde aquel primer Juan López-Carrillo que publicaba sus versos en el libro *Pasión primera* hasta el autor de *Los años vencidos* hay un recorrido que no se cuantifica sólo en años sino también en aprendizaje, en estudio, que diría mi buen amigo Claudio Rodríguez. Aquel poeta de 1983 latía en la pasión de la juventud, una pasión profética y apocalíptica, nietzscheana con ribetes de Pavese e imaginería superrealista. Había, sobre todo, en aquellos poemas, originalidad y sorpresa. Y había también, en alguno de ellos, ese tono añorante y desesperanzado que años después —hoy para nosotros— sería el diapasón de toda una forma lírica de entender el mundo. Pero había también —todo hay que decirlo— una cierta inmadurez ingenua, ingenuidad juvenil que el paso del tiempo ha convertido en experiencia y madurez, tanto literaria como vital; casi con toda seguridad Juan podría firmar aquellas palabras de mi maestro, Manuel Espejo: “Yo fui luminoso y confiado en mi juventud, ahora soy un hombre oscuro y receloso”. Y no sólo Juan, yo también rubricaría esa afirmación y creo no equivocarme si digo que también Ramón, que leerá para vosotros estas mis palabras.

El autor de *Los años vencidos*, la voz de la que emanan los poemas, es un hombre que contempla lúcido el mundo, con lucidez poblada de amargura y cierta acidez desengañada. Poeta contemplativo que tuvo —como Rosalía y como don Antonio Machado— una astilla hiriendo el corazón y ahora añora aquel dulce dolor apasionado. Un hombre a quien el oficio de delinear versos le enajena de la mediocre vulgaridad que siempre acecha.

Buenos poemas los que se reúnen en este libro. Bien escritos, con un “grosero estilo”, que dijera Lázaro, mas en ningún caso producto del azar o la casualidad sino del trabajo y la

conciencia de escritor: estilo llano, que brilla en periodos sintácticos ondulantes que abren horizontes casi ilimitados, que se afila en imágenes para delimitar los sentimientos.

Poco más puedo decir. Mis amigos saben que soy un hombre de pocas palabras y a veces de esas pocas me sobran más de la mitad. Porque las emociones que nacen de la lectura de un poema, de la contemplación de un cuadro, de una pieza musical... son, por personales e íntimas, imposibles de transmitir sin traicionar la emoción misma. Y eso es lo que he sentido ante algunos de los poemas de este libro: emoción y ternura, desnudez del alma y silencio atenzante. Quienes lean el libro me entenderán, sin duda.»

En unas pocas líneas el maestro Giner traza un recorrido exacto por la obra conocida hasta entonces de Juan López-Carrillo. También para aquel acto literario me enviaron sus palabras Juan Nieto Punzano y José Luis Egido Carmona. Del primero, curioso y entrañable personaje —es poeta y periodista, natural de Villanueva del Arzobispo, en la provincia de Jaén, donde ejerce como director de una emisora de radio; fue Premio Ciudad de Plasencia y Premio Gerineldo, ambos de poesía, y ha publicado cuatro libros, el más significativo *El libro de las despedidas* (1991); por su origen y apellidos tal vez sea pariente lejano de López-Carrillo—, transcribo un fragmento de una carta mucho más extensa en el que menciona su primer encuentro con Juanito:

«Por cierto, durante mi estancia en Tarragona —cuánto lamenté tu ausencia— fue mi cicerone el poeta Juan López-Carrillo, buen amigo tuyo según me dijo. Lo pasamos muy bien y disfrutamos de la noche mediterránea después de mi lectura de poemas en la Casa de Andalucía. Es un tipo que rebosa humanidad y alegría de vivir, campechano e incansable... Me llevó a un bar de aire andaluz, “El Paraíso” creo que se llama, y allí dimos buena cuenta de una botella de La Guita y unos buenos chipirones y pescaditos, bueno eso yo, que Juan dio buena cuenta de chipirones y pescaditos y patatas bravas y callos y qué sé yo... Hubo un momento en que creí que no tenía fondo y en él todo cabía. Como dice mi madre, mejor comprarle un traje... Después anduvimos leyendo versos, Juan me leyó algunos poemas de los que integrarán su próximo libro y la verdad es que hay sustancia gorda, de la de verdad, en esos poemas. Y ya de cara a la madrugada acabamos en compañía... bueno, dejémoslo, mejor no contarle porque ya sabes que uno tiene un prestigio que preservar y una familia ante la que aparentar.»

José Luis Egido Carmona, profesor titular de la Cátedra de Flamencología *Antonio Mairena*, me envió su testimonio fechado en Lebrija, el 19 de noviembre de 1997:

«Conocí a Juan López-Carrillo hace ya algunos años, en una noche barcelonesa y memorable —yo rondaba en aquel tiempo esas tierras catalanas vuestras—, a orillas de La Rambla, cuando ambos coincidimos en un concierto de flamenco. Bordeábamos el filo de la media noche, la plaza Real bullía con el palpito incesante de la vida: grupos de jóvenes que charlaban animadamente bajo los soportales; otros, sentados en corro sobre el enlosado de

la plaza al calor de la litrona o la botella de calimocho; algún abuelo tieso y vividor, con el sombrero terciado sobre la ceja y los pulgares en los bolsillos del chaleco... También patibularios macarras dejando pasar indolentes la noche y un drogata perdido entre las nieblas de un éxtasis que semejaba agonía.

Estábamos a la puerta de Los Tarantos —uno de los pocos lugares donde, por entonces, imagino que ahora igual, podía oírse cante de verdad en Barcelona—, a la espera de perdernos entre los inacabables matices de la voz grave y oscura del gran José Menese, cuando nos presentó un amigo común: fácil fue adivinar en él, en la primera impresión, la pasión honda de una estirpe alimentada por el fuego del cante grande: de los Pavones a Manolo Caracol, del mítico Franconetti a Antonio Mairena, de Chacón a Morente o el infinito José Monge. Sin embargo, aunque como digo vi en él de inmediato el aura noble de los flamencos, he de confesar que en ningún momento vislumbré que aquel hombre pudiera escribir versos. Fácilmente podía imaginarlo, cualquier noche, en una venta o colmado en tierras de Jaén —de allí proceden los Carrillo y también los Punzano y los Panicero—, con una copa de manzanilla que espera su homenaje y tamborileando sobre la mesa al compas de fandangos y tarantas, sin embargo ni siquiera pude —y aún hoy, a pesar de la evidencia, sigue siendo tarea difícil— ensoñarlo absorto sobre el papel, inmerso en el *raptus* divino de los poetas. Tal vez porque uno, mediatizado por el lugar común del tópico, tiende a identificar al poeta con su reflejo romántico: vates enlutados, famélicos y místicos, alejados del mundo y nutriéndose, tan sólo, de metáforas y sinestesias, jitanjáforas y quiasmos. Y como ustedes pueden comprobar —ya que tienen a Juan en su presencia— no es fácil identificarlo con esa imagen arquetípica de lírico enlunado y metafísico.

Sin embargo, leídos los poemas que integran *Los años vencidos*, uno no tiene más remedio que, en la memoria, integrar una nueva imagen de Juan López-Carrillo. A la imagen de flamenco cabal —tan cercana para mí desde aquella noche inolvidable que prolongamos junto a Menese y a su tío Juan Habichuela hasta las claritas del día— se suma ahora la de un poeta verdadero, en cuya palabra habita la realidad cotidiana, en una lengua poética grave como una seguriya y ligera como una colombiana; lengua vibrante como una cuchillada para hablar del tajo diario, la desazón casi romántica del existir o el mal de amor común a flamencos y poetas.

Disfrútenlo ustedes. Disfruten de Juan: hay mucho que disfrutar. Y disfruten de sus versos. Ahí están.»

Tanto las décimas de Giner Caballero, exaltadoras del vicio nefando, como los testimonios anteriores han permanecido inéditos hasta este momento. Como a mí me los entregaron para su custodia, hoy les doy aire y luz en estas páginas.

Y ya que me he metido a rescatar del olvido testimonios pasados, esas páginas que cumplieron un día su cometido y hoy dormían desatendidas el sueño de los justos, cerraré



esta jornada —que ha derivado en homenaje al amigo: deferencia y cariño, palabras verdaderas e ilusivas presencias— con unas coplas de ciego que alguien dejó en un pliego de cordel con motivo de la publicación del libro *Poemax*. De nuevo Juan López-Carrillo trascendió de sí mismo y metamorfoseado en personaje literario:

GOZOS ROMANCEADOS EN LOOR DE JUAN NIETO PUNZANO QUE ES DECIR JUAN PANICERO  
Y TAMBIÉN LÓPEZ-CARRILLO O LA REVELACIÓN ÚLTIMA Y VERDADERA  
DEL MISTERIO INDESCIFRABLE DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD

*Vamos a contar la historia,  
una historia singular,  
la historia de un gran torero  
y de un flamenco cabal,  
pero es la historia también  
de un escritor de gran talla:  
poeta de fina pluma  
de las mejores de España.  
Vive dios que es un misterio  
lo que acabo de contar:  
son tres personas en una  
cual la Santa Trinidad.  
Torero Nieto Punzano,  
cantaor Juan Panicero,  
poeta López-Carrillo:  
¿cuál es el dios verdadero?  
Vamos a dejar en coplas  
la historia de cada cual  
y que decidan ustedes  
la mentira y la verdad.*

*Como en romance de ciego  
empezaremos cantando  
la crónica verdadera  
de la vida de Punzano.*

*Tiene nombre de torero,  
espada de los de antaño,*

*la flor de la torería  
el diestro Nieto Punzano.  
Pero para su desgracia  
se aficionó a la fabada,  
se duplicaron arrobas  
y perdió su fina estampa.  
Los callos y chipirones,  
el cocido y las pringás  
le dieron lustre y grandeza:  
ya no puede torear.  
Ay, qué penita más grande,  
ay, qué tristeza y dolor,  
que pudo ser gran torero  
y se quedó en picaor.  
Picaor con su sombrero,  
picaor con su caballo.  
¡Y cómo lo pica todo  
Juanito Nieto Punzano!*

*Y tras el Punzano ahora  
de Juan Panicero hablamos:  
cantaor recio y cabal,  
de Jerez, medio gitano.*

*Juan Panicero, señores,  
es un maestro del cante,  
ni Menese ni el Cabrero  
podrán jamás igualarle.  
Ni el Fillo ni el gran Silverio,  
ni de Utrera la Fernanda,  
ni cantaor sin nacer  
cantará mejor que el canta.  
Se sale por soleas,  
cómo brilla en alegrías,  
estremecen sus tarantas,  
el mejor por seguiriyas.  
Pero, ay, señores, qué pena*

*se aficionó a la cazalla  
y el chinchón y el aguardiente  
confunden su mente clara:  
cuando empieza por fandangos  
acaba por polo y caña  
y si canta granaínas  
las transforma en sevillanas.  
Ay, qué tristeza más triste,  
el cantaor de más raza  
acaba como Chiquito,  
Chiquito de la Calzada.*

*Después de cantar la gloria  
de Panicero y Punzano  
cantaremos la grandeza  
del poeta más preclaro:  
poeta de Años vencidos,  
poeta de tierra y mar,  
López-Carrillo se llama  
de la Ampolla natural.*

*Este Juan López-Carrillo  
que llega en aquestas coplas  
es buen amigo y por eso  
callaremos sus deshonras.  
No diremos que está gordo,  
ni tampoco medio calvo,  
ni contaremos su vicio  
por el orujo berciano.  
Sólo hablaremos, señores,  
de sus virtudes más hondas:  
que le gustan las mujeres  
más que a un tonto una pelota.  
Que le gustan las casadas,  
las viudas y solteras,  
no distingue de gorduras,*

*le gustan guapas y feas.  
Sólo diremos, señores,  
que le gusta el buen comer,  
igual hace un buen cordero  
que un salmoncito fumé  
También el rabo de toro  
se lo come con delicia  
porque le dijo su madre:  
lo que se come se cría.  
Sólo es pecata minuta  
el folgar y el buen comer,  
ahora viene lo mejor  
escuchen ustedes bien.  
A nuestro amigo del alma,  
al tal Juanito Carrillo,  
como poeta de fuste  
lo recordarán los siglos.  
Y ahora ha escrito un libro guarro  
con enjundia y marranadas  
para escándalo de curas,  
de burgueses y beatas.  
Te deseamos, don Juan,  
Juanito, amigo del alma,  
que lo que está en el papel  
lo hagas verdad en la cama.*

*Ya han visto ustedes, señores,  
que yo les dije verdad:  
este es el misterio mismo  
de la Santa Trinidad.  
¿Qué Juanito es de mentira?  
¿Qué Juanito es de verdad?  
¿Es dios transformado en hombre?  
¡Es la Santa Trinidad!*